

TIEMPO DE PASTORES Y CAÑADAS EN ABANILLA (DIARIO DE ESTÍO) (III)

Saura Mira

Cuando nos aproximamos a las aldeas de esta tierra de palmeral y sequedal, de ancho horizonte y río retenido, se nos llena el alma de una nueva energía, de algo inédito que pulula por el ambiente. Nos damos cuenta que el paisaje es un gesto que se tiñe de nuestra melancolía; que todo se agarra a la manera de mirar y dejar suaves entonaciones por donde se aleja el camino que huele a cabra y soledad. Estamos en estío y el vegetal escuálido se mece en los remansos de los ramblicos, se anonada entre los quicios de las cuevas por la zona de la Cañada de la Leña que es una pedanía de Abanilla, por donde cursamos nuestra ruta por las desaparecidas vías pecuarias.

Sin duda que esta zona de geografía es privilegiada, se asombra de si misma cuando dejamos libertad al espíritu para buscar refugio en sus laterales. La tarde es larga y me gusta pasar por su ermita remozada, con su espadaña que acoge la humilde campana de la aldea, la que llama a sus feligreses los días festivos y sobre todo la que acompaña en momentos singulares, cuando emplaza a los vecinos a despedirse de familiares fallecidos, o la que advierte la presencia de la fiesta en su día grande de Julio, en honor de la Virgen del Carmen. Entonces la población se da cita en su espacio expandiendo sus viejos ancestros. Cada festejo es una convocatoria a la vida, a la exaltación del patrón que es la Virgen del Carmelo, con todo lo que ello significa en la cumbre del sentimiento eremita de los siglos pretéritos. También esta tierra es bendita, se integra en la profunda devoción a la Virgen que cubre con su manto y su escapulario a sus vecinos, como los pastores de antaño lo portaban en su cuerpo en señal de protección.

Apenas cuenta con exigua vecindad que vive de la agricultura y de la vid, aun-



que antaño los dueños de sus casas eran pastores y cursaban sus rutas por cercanas y alejadas cañadas, cuando otros recogían leña para el carbón que llevaban a Murcia en carromatos adecuados.

Su origen nos habla de una añosa trashumanicia, como venimos señalando desde el ángulo regional, que nos transmite todo un costumbrismo basado en sucintos momentos y en unos usos que se pliegan a sus estancias, donde la estabulación o el arrendamiento de los cuartos de hierbas que radicaba en Fortuna, proporcionan toda una base de investigación, muy significativa en esta zona geográfica.

Y lo decimos esto, por cuanto la trashumanicia hay que observarla desde varios

prismas; enclavado uno en un criterio más amplio y propio de la Mesta, como encaje de un todo que se aclimata en Castilla y la zona del norte, con sus cañadas reales y amplios cordeles. Un concejo que nos ha dado los mejores privilegios y grandezas desde la marca de las merindades; mientras que en otras zonas como la que estudiamos, esta institución se condensa en los atributos alfonsinos, con sus bifurcaciones y costumbres entre los pastores de cada concejo, que se las tenían que ver con aquellos que perjudicaban a sus ganados por pastar en territorios marginales, en cañadas, cuya jurisdicción era muy controvertida.

Esto sucede con la llamada Cañada de la Alheña (Leña) a la que aludimos, ubicada en Abanilla, al igual que en la denominada de las Contiendas, que nos señalan paradigmas de una tensión sostenida en el medievo con Murcia, fundamentada en el afán de esta ciudad por apropiarse de ellas, hasta que finalmente entran en los términos locales susodichos.

Por fieles documentos dieciochescos nos enteramos del nombre de algunas cañadas, unas pertenecientes a Fortuna, como la del Madroño o la de la Fuente, sita en su jurisdicción mero y mixto imperio, en tanto que otras se mencionan por los llamados visitadores de la Orden de Calatrava, a la que pertenece Abanilla, como la denominada Cañada Real propia de su Encomienda, que se delata en 1719, cuya denominación queda ubicada en lo que ahora se llama la Cañada, a las faldas del monte, en su zona más vetusta.

ABANILLA DESDE UN PAISAJE DEL SIGLO XVIII

Tenemos nuestra propia filosofía que engarza con una posición estética ante el paisaje, la realidad, la vida, por lo que se nos antoja que la historia se concentra en ese paisaje donde crece la palmera y se desgaja la tierra en blandas lomas amarillas. La posición de un pueblo se embasta

con sus términos como bordes que dejan en el ámbito una tensión, consolidada en sus pliegos de deslinde. Todo concejo remeza en sí mismo un compendio de eventos que traducen sus viejas rencillas con los colindantes, como forma de defender sus propios fueros de repoblación; lo que conlleva a matizar su entorno, que en esta población luce un contenido singular, con sus propias expresiones, aunque enturbiadas por el paso del tiempo.

Si en el siglo XIII la urbe se significa por su gesto arábigo, manteniendo su aljama y un recinto amurallado, con los elementos típicos del momento, muy en relación con lo que señala Henri Pirenne; sin embargo con el renacimiento se asimila otro contenido bajo la mirada de los Reyes Católicos que le otorgan a la villa calidad de concejo, manteniéndose sus viejas piedras en franca desidia. La vetusta Fabaniella de los árabes, con su recio castillo sedimentando una categoría básica en su perfil, icono de su defensa posteriormente ante argumentos de los monarcas de Aragón, desliza su pose en giros diversos, una vez que sus comendadores calatravos, directos interventores en los asuntos del concejo y hasta de su espacio eclesial, intentan consolidar su entorno, poniendo énfasis en el castillo que ya en el siglo XVIII, conforme a una visita de la Orden, denota su estado ruinoso..., pues en el informe que aquella aduce, se considera que "... ha muchos años que está ruinoso...".[9]

No es para pensar, en estos momentos, sobre la languidez de su contorno en aquel tiempo de nobles familias y casas solariegas, con predominio de una trashumancia segura y afincada muy en relación con el vecino pueblo de Fortuna, con el que participa nuestra villa en fecundas actuaciones guerreras, como se engarza en pleitos sobre amojonamiento. Pero si, desde luego se puede vislumbrar un entorno adecuado a su identidad con sus aditamentos urbanos de envergadura, mostrándose su



empaque desde la mirada de un caballero de la época.

En efecto, si nos damos cita, desde la memoria histórica, en el lugar que se denomina El Atajo, que bordea la villa hacia zona murciana, sentiremos una grata sensación por la serie de aspectos que se nos ofrece. Nada más lustroso y firme que otear, desde la altura un paisaje para darnos cuenta de su estirpe, es decir comprender la soltura de su crónica local que se advierte en sus elementos, sus términos, una vez que lo acomodamos a nuestra retina y vamos arguyendo detalles que la propia naturaleza deja en su atmósfera. Al igual que el mentado caballero del siglo indicado, puede que procedente de una rama de los Cabrera para más entidad; nosotros que también vivimos y soñamos desde el siglo XXI, se nos antoja que la vista es esencial para dejar clara la sensación de una villa pegada a su tierra, con su montaña amada y el Zulum o pico de sierra señalando su atuendo característico.

Se regocija el concejo con sus rasgos: una arquitectura selecta. ceñida a los influjos del barroco, con sus casas de origen morisco, con alusión a patios y terrados solemnes que miran al barranco. Un concejo reconciliado con sus generaciones pasadas, emplazado en el signo de su destino, abierto y requerido de vientos y poesía desde su magia contenida en cada hora, en cada relato de atardecer.

El pueblo nace con la mañana y se oculta con el sol del crepúsculo, se ador-

mece y se entona a tenor de cada instante. Pero desde este punto elegido nada se amodorra y todo luce en su cabal sustancia. Al fondo surgen las lomas de su geografía ebria de color ocre, de vez en cuando se asoman en sus laterales unos árboles, pinos añosos que destacan del azul de la sierra vecina que encuadra todo su contorno. Solo que nuestro acompañante, caballero de la Orden y meticoloso en sus menesteres, comulgante de su ermita de San Juan en el paraje de su tenor, observa otro gesto, pues las cumbres de los montes muestran su potente bosquecillo verde y los pastores menudean, con sus rebaños por su Cañada Real que trata de custodiar y ennoblecer. Nuestro personaje acicalado con su capa negruzca, atisba la lejanía y señala con su dedo la mansión que se haya en un lateral de la vaguada, junto al barranco, como si intuyera, en su interior, la presencia de sus familiares y se acurruca en su dominio.

Nuestro personaje es dichoso en ese instante. La tarde cae tenuemente y el sol clarea por sus casas, da en el borde de su templo parroquial, dedicado a San José, en cuyo interior se custodia la reliquia de la sagrada cruz patrono de la villa. Se mantiene enhiesta con su torre, dando cuenta de su existencia, con sus piedras amarillas por el contraste de la luz. Se encuentra serena y dormita su sueño junto al arbusto que la acompaña. Se nota desde la lejanía cada encuadre y sobre todos las casas que son sus poderes, se instauran en sus espacios con sus tostados lienzos, entresacando una ventana, dejando una muestra de chimenea y ello en una longitud acomodada a la vista. Pues desde allí se domina casi todo y sus calles estrechas dejan intuir el paso de una persona, acaso un campesino con sus arreos, que se dirige hacia su hogar cercano a la iglesia. En un ángulo se otean los restos del castillo, son como un pedrusco recio que muestra sus harapos, cuando ha tiempo era casi perfecto, con sus muros potentes y la plaza



de armas. Se trataba de uno de los más importantes del entorno, base de una defensa cabal en un espacio estratégico de envergadura. Pedro IV, EL Ceremonioso, lo contempló con sus propios ojos en su estancia en la villa, para ir contra Orihuela. Por su costado se aprestaban los cristianos a defenderse contra la morisca y era sitio para otear el horizonte de llanura. Desde su altura se oteaba casi el mundo, el paisaje de Murcia y Orihuela, la zona de El Carche y Fortuna, como el secarral que habita en sus bordes. Era el centro tangible de las miradas y desde su interior se entendía mejor la calidad de la villa fundada en su aljama, dominante y metida en sus propios fueros; los que le sirvieron para su subsistencia.

Ya no era más que de una ruina, sin el gesto de su potencia, pero quedaba allí, en la soledad de su aislamiento, como silencio de la estepa. Acaso por estas cuitas nuestro hombre estaba silencioso, soñaba con aquel tiempo en el que el castillo era algo, ahora nada, en que la mirada de sus antepasados se posaron sobre sus piezas mili-

tares y acudían a mirarlo de cerca para vislumbrar la belleza de la villa. Puede que de crío pasara por sus ruinas llevando sus cabras a pastar por la vieja cañada, trepando por las crestas del monte, buscando el abrevadero explícito y anhelado. Sus padres eran pastores que en la Casa Cabrera poseían majada de ganado, mas de quinientos, que sacaban a pastar, a veces los llevaban a invernarse a Fortuna, su invernadero, mediante su arrendamiento y posturas, por el sistema de las candelas encendidas y pagando las mismas en el día de San Miguel.

La vista de la villa desde El Atajo, por lo de ser paso de ganado, toma bríos en la mente de nuestro compañero visionario, al que hemos dado cita en nuestro trayecto por la villa para remedar tiempos pasados al contacto con las sombras de la tarde, con los recios árboles que se otean en los primeros términos, antes de llegar al camino que bordean los mansos y antañones edificios.

Se advierten palmeras, muchas palmeras apiñadas en las esquinas de las casas, también en el vado, junto a la rambla por la que se aprecia un caudalillo de agua, junto con ramas y piteras, cerca de una olivera amplia y que llama la atención de la mirada. No falta, a lo lejos, el enhiesto ciprés de luto que apenas si deja su melancolía en el punto básico de su elocuencia.

Uno se imagina que allí, en este paraje, se escruta una síntesis de lo que era la población: crisol de culturas arraigadas en sus gentes, en su ámbito; marcando líneas de su antigüedad. El ciprés representa lo universalmente cristiano. La palmera al Islán y el olivo la cultura judéo-cristiana. Tres iconos fundamentales que cargan puntos de apoyo en el talante de este pueblo, con su vigor y altanería. Pensamos que sus vecinos pueden estar orgullosos con su pasado, forman parte de las tres culturas que conforman el ser de Occidente, su alma y relato más sincero que se integra, finalmente, en la apoteosis del fer-

vor a la reliquia e la cruz cuyo festejo se desarrolla el tres de Mayo.

El Atajo es el lugar para dominar la villa con sus silencios y ademanes, con la verticalidad del aire y el horizonte atenazado por un contenido de historia. En los ángulos se aprecia la densa opacidad de senderos del paso de ganados en pos de sutiles abrevaderos, o acaso la lentitud del campesino portando su leña a hombros, aquellos: “... leños que guardaste en el estío...”.

Leños que le dieron calor en el hogar de su refugio meditando sobre la vida y la muerte, con su reloj de pared porfiando a la naturaleza su felicidad. Para ser dichoso, este villano de su rincón apreciaba el valor de cada instante, aquel llevar a su rebaño por cañadas cercanas, procurando darles el mejor pasto o mantener el fuego de su hogar junto a su mujer e hijos, como lo hicieron otros pastores como él, campesino que escuchaba la campana de la iglesia de San José que apelaba a la fiesta y a la muerte.

Con el crepúsculo cansino y poético las sombras van apurando el espacio y casi no se observa más que siluetas oscuras. Es hora de irse como el personaje lo hizo hace siglos fundiéndose entre rancios esquemas, mientras por mi parte apuro todo lo visible y doy con el último pastor de vuelta.

Apenas si El Atajo deja unos tumbos de bultos negros, que más semejan almas en pena que troncos de árboles, pues hay que tornar a la nueva voz del pastor, que en esta ocasión ajusta su lance por la zona de Mafraque.

MAFRAQUE Y SUS CAÑADAS

Mafraque suena a añosa pedanía con sus ritos ancestrales, casas escuetas que ahora parecen focos fantasmales con un aljibe panzudo que fuera comunal en otra. De ello hace siglos, pues en el XVIII su dueño y señor don José Rocamora escribió un Memorando sobre el lugar dándole la



altura precisa, ahondando en la situación del caserío y sus dotes para la trashumanza. Pero sobre todo se perfila como aldea básica en la cultura dieciochesca de Abanilla, con su perfil calatravo, aunque ya antes estuviera en este espacio la familia de Rocafull que, entre otras cosas, le otorgó ordenanzas y prestancia en los usos campestres.

Desde el llamado Manuscrito de Mafraque, émulo del de “Mollons”, desaparecido en la actualidad pero interesante para comprender la crónica de esta pedanía, podemos captar aquella secuencia pastoril enraizada en la forma de usar sus cañadas y prestar atención a los usos de sus invernaderos, muy en relación con el que había en la cercana villa de Fortuna.

Las características del lugar como la presencia de pereteros que dan configuración y semblanza a su paisaje, junto con la

bonanza que tuvo su agricultura en un momento determinado, provocada por la presencia del acueducto, marcan un hito importante en su crónica que no se puede despreciar ni mucho menos.

Pero es que además su paisaje de seco no nos informa de una vida de pastores que dejan su fragancia en la hondura de cada senda o cañada, ello desde una perspectiva de carácter localista.

Por su entorno se arrima una quietud idílica, más aún si nos acercamos a la vieja pedanía donde tan solo la asiste un case-rón vetusto y una escuela de niños completamente abandonada. A veces topamos con el labriego que rebusca sus pasadas secuencias y nos informa de sus glorias añejas y quebradas en su vejez.

Pedro es el pastor acostumbrado a soledades infinitas, que baja, con su bicicleta desde Abanilla, para afincarse, por unas horas, en la cercanía del aljibe, que le dio, en su tiempo, agua para el y su familia. Con sus ochenta años bien llevados es, por lo pronto, la única voz del lugar, manuscrito letra viva de una historia dramática retenida en un montón de piedras.

Fue pastor y llevaba mas de quinientas ovejas por sus alrededores, sabe de sus silencios y voces para ladear el ganado y ubicarlo en espacios de buenos pastos, porque era un buen pastor, sabía trazar, con sus manos, los gestos apropiados para enmendar el camino o poner en ruta a sus ovejas. Pero lo hacía con su sabiduría y buen oficio, pues este no lo tenía cualquiera, ya que sus padres y abuelos eran pastores que arrendaban el invernadero de Fortuna en los inviernos.

Nos indica el hombre que había cañadas de envergadura en la zona, como la del Tío Guillermo y de los Pereteros, que son evocadas por eruditos de la pluma, aunque acaso no supieron de la delicia del caminar por las mismas.

Nada mejor que ajustar el paso por estas cañadas al atardecer, cuando el sol



cae y se atiende a la frescura de la tarde larga, mientras se camina en soledad que, como dice el poeta, es “ dulce compañía”, pero más aún, nos abriga la tesis de que esta zona de geografía está aún sin investigar y nos seduce la idea de perdernos, teniendo en cuenta las anotaciones de nuestro amigo pastor.

Los ramblizos se pierden entre senderos dejando escuetas palmeras en sus vados, mientras se sugiere la huella del río Chicamo en su interior y la mirada requiere la ruina de la vieja canalización : apenas unas piedras en forma de arcada, pero sobre todo anida en el espacio variedad de tramos y lomas, sendas de pastor y caminos que a veces nos desorientan. La soledad del atardecer va insinuando sombras y pensamos que los duendes del lugar nos advertirán de los peligros o darán luz suficiente para tornar, de nuevo, al sitio de origen.

Entre tanto nos asombra todo y sentimos el silencio, como si fuéramos con los pastores canturreando por el paisaje, brindando al Sumo Hacedor por la vida y por todo. Sentimos detalles de naturaleza que nos enamora y no tenemos voluntad de volver, pero sí de continuar mirando el horizonte con sus nubes grises.

Vamos escribiendo en el corazón un diario de soledades varias, de amores a la vida y al campo, a los paisajes y atardeceres. Porfirmos a la soledad, y nos recogemos en una loma para hurgar e impetrar a los dioses amigos la verdad de lo que nos

enciende el ánimo, preguntándole a los arbustos, a las sucintas sierras y los baldres regocijados, que es lo que tiembla en su interior, donde radica la felicidad de un mundo hundido en su civilización de progreso, cuando, al parecer, la quietud de la tarde noche nos da sus respuestas desde su plegaria hacia Dios. Y entre tanto vamos escuchando el himno de los campesinos del gran compositor. Ello nos conmueve y dejamos un hálito de pudor en cada pasaje que nos atiende con reverencia, porque tan solo una palabra me viene a cuento de todo ello: me encuentro dichoso en este espacio de soledad y calma, de sinfonía suprema.

Nos asombra el paraje y cada silueta se nos abre a la imaginación hasta dar con la ruina alicaída y degradante, o esperamos la acogida del pastor que nos da datos sobre estas cañadas, ya intran-sitables, pero que contaron con rebaños de envergadura y hasta los llamados Serrano, que procedían de Castilla, las atravesaron en muy asiduas ocasiones. La del “Tío Guillermo” estaba junto al camino de los Negros, sobre el que se adjunta una vetusta leyenda de la Aparecida, que se narra por escuetos campesinos del lugar, aunque con ciertas contradicciones; lo que es natural, pues ya se sabe que cuando el vulgo habla hay que ajustarlo a su propia limitación, en todo caso corroborarlo, y es que en torno a estas leyendas he escuchado varias sobre el mismo tema, tan sugerente como de índole mágico. A veces no solo es el diablo el que se aparece en forma de mujer, sino duendes procedentes de viejas necrópolis arabescas que penetran en los entramados de estos espacios apartados, donde se resiste el hombre a continuar, sobre todo en época de estío e invierno. Pero esto sí que lo hizo Silvano Tortosa, muy interesado en los años treinta del pasado siglo, en la canalización de la zona muy a pesar de sus críticas y dificultades, aunque queda su fuerza de

voluntad para bien de los caseríos cercanos de Barinas y Hondón de los Frailes, como de la bonanza de los frutales que le han dado nombre a la cañada de los Pereteros.

Quien acuda en la primavera a la zona que indicamos, puede constatar la riqueza frutal de estos árboles que merodean por el paisaje de Abanilla, nutre sus pedanías otorgándole un tinte colorista muy ajustado que contrasta con el ocre de sus tierras. Cabe inmiscuirse a este respecto por la zona de El Partidor, o dirigirse hacia el Sahués, para comprobar la fragancia y decorado que forjan estos frutales, a la vez que se otea una gran variedad de casas de labor, donde habitan familias ilustres por su relación con la trashumancia, inculcándole vida a las vías pecuarias.

Una de estas casas es la que se nos advierte como la Casa del Teniente, en la loma indicada, por habitar en la misma quien fuera Teniente Honorario del ejército español, en época de Franco, don. Francisco Cutillas Perea, galardonado con sucesivas medallas por sus intervenciones en la guerra de Cuba, de cuya mención se hacen cargo los vecinos del lugar que son capaces de enseñarme sucintas fotografías sobre su figura, amén de contarme su vida y milagros, junto a sus hijos y nietos, hasta se nos describe su entierro, que tuvo lugar en la villa con presencia de la Guardia Civil.

El Cantón es una pedanía de la villa que muestra, desde su entraña netamente campesina, la gracia y singularidad que mantiene. No sólo es el paisaje de vid, sino la riqueza de la piedra que se otea en sus cumbres, la que ha dado prestigio a sus muchas canteras que son su mejor heraldo.

Pero sobre todo el casar asimila su vocación de trashumancia, fundido en una geografía surtida en lomas y peñascos, en giros y encrucijadas de leña y posada; aguanta su medida en una serie de elementos de carácter etnográfico dignos de



estudiar y que traeremos a colación en otro momento, como el juego de la “pelota”, o sus célebres carnavales en lo referente a “Partir la Vieja”. Solo que ahora nos referimos a su actividad en la cabaña del ganado, ya que, según nos informamos, era famoso el “Tío Antón” en tales faenas, pues poseía alrededor de mil cabras, al igual que el “Tío pepe” que llevaba a pastar su ganado a una determinada sierra, en torno a la Loma, no muy lejos de El Travesao que se junta con la del Romeral. Aún compartían ambos pastores la sierra de Cofer y del Alfayate. Que de tales aspectos nos puede hablar doña Esponsoría, viejecita que carece de un ojo, aunque con el otro se las compone y bien para sus menesteres del hogar. Viuda, sin embargo es, junto con Vicente Sánchez Quiles, que mantiene sus 92 años, quienes mas saben sobre el caserío.

Desde luego Vicente, que es tan delgado como un junco, llegó a conocer al maestro Azorín, ya que poseía como el escritor una finca cerca del Hondonico de Monovar, patria del poeta. La palabra de Vicente se ilumina cuando evoca al autor de las Confesiones..., señalando que era una gran persona, amable y simpático, andaba mucho y se encontraban para saludarse, algo que evoca con grata nostalgia.

Como da a su mente trazos de su niñez, en el momento que era vecino de El Cantón y acudía a la clase del maestro que venía de Pinoso, con su tiza y regla, a veces lo traían en carromato o solía hacerlo en bicicleta. No descarta la vida pasada de una entidad local menor con apenas un botiquín de urgencia, ermita y bodega, que ello no podía faltar, como el buen vino que se recogía en carros con sus famosas pipas. Claro, también pasaba por sus menudas calles el lañor y los famosos titiriteros que se juntaban con los gitanos en el Barracón del “Tío Esteban”.

NECESIDAD DE RECUPERAR LAS VÍAS PECUARIAS

Como sentamos al inicio de este Diario, que se ha convertido en un memorial de vivencias, hay que recuperar estas cañadas ,vías por las que se desarrolló en tiempos, una trashumancia de altura y local, cuya factura se puede trasvasar a los municipios colindantes: Abanilla y Fortuna, que son los puntos sobre los que hemos dedicado nuestra atención. Villas auténticamente campesinas, con signos moriscos y que delatan su entidad pastoril.

Pensamos con Grande Ibarra¹⁰ que nuestras...“ cañadas languidecen, se llenan de roturas, se vacían de pastores y rebaños...”. Con lo que se pierde algo que formaba parte de una cultura de los pueblos y villas, campos y encrucijadas. Se transforma el paisaje como los modos y conductas de los añosos hombres de la gleba, enfrascados en sus rutinas y sabedores de su oficio de mayoral, con la tarea

meditada y enjundiosa de llevar a su rebaño de ovejas a lugares de buen pasto, conociendo sus caminos, cordeles y sendas, rondando las majadas y abrevaderos, como sabedores de los usos que unían al gremio en días precisos, amén de luchar por sus derechos y elevar el rango de sus cabañas.

Ello se hacía a través de los concejos como protectores de sus vías que, sin duda formaban parte de su patrimonio espiritual, como el paisaje, boscaje o espacios naturales dignos de defensa. Lo hacían por fuero propio y como antaño se decía, por mero y mixto imperio, según su jurisdicción alta y baja, cual la tenían las villas indicadas que para atender a sus derechos vecinales se reunían en Concejo Abierto, como el que tuvo lugar en Fortuna en 1628 con ocasión de su fuero de población y vasallaje por el monarca Felipe IV: una Asamblea de la que trataremos en otro momento.

Las cañadas de dicha villa datan del siglo XVII, e incluso se constatan en fechas anteriores y son un patrimonio que conforma su manera de ser; la de ambos concejos, que incluso defendieron frente a un pastoreo pirata y extraño en la época medieval. Con el tiempo estas cañadas se consolidan y marcan su signo. Decantan su hábito y se ajustan a su destino hasta que se van perdiendo, ante la apatía y desfiguración del entorno paisajístico.

La urbanización, transformación de la naturaleza y todo lo que conlleva el llamado progreso, ha dado traste a lo que pudiera mantener un gesto pastoril, desde la presencia de las reses y ganados, a los usos, signos pétreos[11], acústicos o tradiciones y leyendas sobre sus muchos aspectos.

Sin embargo cuando nos acercamos al paisaje de Abanilla y oteamos sus tierras milenarias, comidas por el sol y la sequía, nos damos cuenta de que antaño la trashumancia era importante en su espacio. Notamos el aliento de un pasado que

queda anquilosado en las ruinas de sus casas de labor, en los Corrales del Torcío, cuyas escuetas ruinas derraman brotes de pastores hermanados por un anhelo común que, incluso, defienden, ante usurpadores de sus oficios, dejando claros sus deseos. Son los pastores de la villa que, como los que integraron el paisaje de sus pedanías moriscas, poseen un prestigio que late en sus pasadas generaciones, se deja claro en documentos del siglo XIX, como hemos tenido ocasión de investigar en época del primer alcalde constitucional, como nos informan los habitantes de cada uno de estos caseríos, tan sencillos y recogidos que saben a miel y a concejo, a voz milenaria, a palmera suelta y espadaña de ermita dormida en lontananza.

Tierra esta de pastores y buena gente, que huele a esparto y fiesta. Tierra que me evoca aquel:

*“¡ Oh cuán dichoso estado,
Y cuán dulces riquezas
Son las que el labrador rústico tiene.*

BIBLIOGRAFÍA

1. Medicina popular de Jumilla.
2. Vivencias surgidas al contacto con mis viajes por el campo de Jumilla donde cabe la referencia de gran acopio de conversaciones con los pastores y dueños de casas de labor.
3. Canción escuchada por los hombres de la gleba en sus tiempos de tragedia, con ocasión del fallecimiento de algún familiar.
4. Según la expresión popular muy enraizada en esta zona.
5. De los nombres de las Cañadas, de Julio Grande Ibarra. Es amplia la literatura relacionada con la Mesta. Cabe acoger la legislación alfonsina y la relacionada con la Novísima Recopilación de Reguera Valdelomar, en sus apartados relacionados con la trashumancia, amén de la documentación archivística local de la que tenemos acopio en nuestros trabajos sobre Fortuna y Abanilla.
6. Horacio en España de Menéndez Pelayo. Tomo 2.
7. Vid mi trabajo publicado en la revista Mula Ben Nusayr de La Asociación Cultural de la villa indicada. 2002.
8. Archivo de Fortuna.
9. Informe de 1769 de la Orden de Calatrava en Abanilla. Riquelme Salar. Historia de Abanilla, en relación con El Señorío de Abanilla De Torres Fontes.
10. Grande Ibarra, obra citada.
11. Pedanías de Abanilla. Saura Mira. 2007.